

mucho vaya faltando la conciencia, que no es otra cosa que la voz de la razón misma? No digo más, porque para esta casta de monstruos no se han hecho estos discursos. La poderosa mano de Dios, ó la de la Justicia humana es la que solamente puede restituir el juicio, y la razón á estos hombres, ó quitar del mundo semejantes monstruos en pena de sus enormes excesos. Ultimamente, solo tiene juicio aquel (sea ignorante, ó docto, tenga, ó no tenga buen entendimiento) que sabe, y quiere ser hombre de bien, reputándose por un loco de atar (si tales locos pueden atarse) todo aquel que quiere ser malo. Ajustadas las cuentas, nos hace ver la experiencia misma, que al hombre de bien, al que tiene buena voluntad, le sobra la mitad de su entendimiento, quando todo el suyo, y aun otro tanto no le basta al maligno, y perverso. La carrera ordinaria de estos últimos va sin duda alguna á terminar en miserias, y aun en miserias eternas.

CAPÍTULO X.

De la ignorancia, y opinion que causan los errores en las acciones humanas.

§. I.

SEA, pues, el entendimiento del hombre fuerte, y penetrante, ó sea flaco, y endeble, siempre está sujeto á errar, quando se halle cercado, y envuelto entre las tinieblas de la ignorancia. Hemos dicho ya, y se repite otra vez, que de las acciones que dependen de nuestro libre albedrío ninguna queremos, ó apetecemos, si el entendimiento no aprehende primero si deba, ó no deba hacerse, esto es, si antes no nos representa aquella acción como buena, ó mala: guiada despues la voluntad por este conocimiento, se mueve, ó no se mueve á poner en execucion, ó practicar aquella acción, si no es que

que pervertida, y seducida ya la voluntad antecedentemente por el mal hábito, arrebate, y se lleve tras de sí al entendimiento; por lo que, como dexamos dicho, todas las veces que la potencia, ó facultad cognoscitiva se engaña, ó yerra, yerra tambien, ó se engaña la apetitiva; de manera, que la voluntad, siempre inclinada á elegir el bien, y huir el mal, engañada, y seducida por el entendimiento, suele muchas veces dexar el bien, y abrazar el mal, no obstante que apetece aquel primero, y aborrece este segundo, porque el mal viene disfrazado con el vestido del primero: por tanto, pobres de nosotros, quando por ignorancia, ó defecto de ciencia se convierte en un copioso principio, y origen de locuras, y desgracias, aquella potencia misma, que por su naturaleza debe iluminarnos, y servirnos con su luz para evitar, y apartarnos de los errores, y precipicios. Un libro entero, y voluminoso podría escribirse, y aun no seria bastante para explicar los diversos modos con que el entendimiento humano puede caer en deplorables errores, por defecto de conocimientos saludables, y provechosas reflexiones, llevándose consigo á la voluntad á que se precipite tambien con él en el profundo abismo de la ignorancia, y error. Es verdad constante, que la razón nace con el hombre; ni podemos idearnos una criatura racional á quien le falte la prerogativa esencial del entendimiento, y la razón: pero entre esta facultad de raciocinar, propia del hombre, y su potencia visiva, se encuentra una perfecta analogía, y no poca semejanza. Para que los ojos vean los objetos, es necesaria la luz que los bañe; del mismo modo, mientras que las tinieblas de la ignorancia opriman, y ofusquen la razón del hombre, no podrá ver, esto es, no podrá juzgar, ni discernir lo verdadero de lo falso, lo malo, y lo bueno. Para formar un discurso bien fundado, es necesario que el entendimiento tenga presentes las generales máximas verdaderas, y ciertas, con las cuales vaya midiendo, y regulando las proposiciones particulares para sacar de ellas las

las conclusiones, como se hace comunmente, sin haber aprendido en las escuelas el arte de hacer silogismos, y entimemas: pero este exámen no se hace ordinariamente sin una aligacion, ó concatenacion de otras proposiciones, y premisas. Ahora bien, quando la ignorancia, ó el no saber, que de hecho no es otra cosa que una carencia, ó un nada, es, digamoslo así, señora de nuestra alma, entonces la razon consiguientemente queda como suspensa, y en una inaccion sin hacer cosa alguna; á la manera que se hallan los ojos quando estan á lo obscuro. Por tanto, para ponerla en accion, y movimiento, es necesaria la luz de la sabiduría. Esto es una serie de los primeros principios, de máximas, de axiomas, y otros conocimientos que provengan, ó de la luz natural, ó que se hayan aprendido con el estudio de las ciencias, ó con la práctica del mundo, pudiéndonos servir cada uno de estos conocimientos como de escala para llegar á lo mas alto: de otro modo cosa facil será el que caygamos en error.

§. II.

A Demas de esto, baxo el nombre de ignorancia entiendo tambien las falsas aprehensiones; esto es, ideas, y máximas insubsistentes, que no se apoyan en el fundamento de la verdad, antes bien se fabrican sobre la delirante fantasía de otros que nos las comunican, y nosotros inconsideradamente las recibimos. Lo mismo es saber mal, que el no saber, sino es que el saber mal puede traernos consequencias peores. ¡Ojalá no fuera así! El mundo es una gran feria, donde igualmente está expuesto al comercio público lo verdadero, y lo falso, la ciencia, la opinion, y el error; quien compra lo uno, y quien lo otro, creyendo todos que han comprado lo verdadero. Cuéntase de Sócrates, admirable ingenio de la Filosofía Griega, que preguntado en una ocasion, qué era lo que sabia, respondió: *hoc unum scio, quod nihil scio*: solamente sé, dixo, que nada sé. Verdad-

deramente que se hace dificil el creer que un Filósofo de tanto juicio pronunciase esta sentencia hablando seriamente; con todo, sé muy bien, que de aquí nació, y tuvo su origen la escuela de los Académicos, la qual dudaba de muchas cosas; y ademas nació la otra peor de los Pirronistas, y Scépticos, que dudaron de todo: para que veamos en lo que viene á parar el gran saber, tanto estudiar, y sutilizar de algunos, que por llegar á ser grandes ingenios, vienen á parar en ser locos; pues en realidad tanto vale un cerebro, ó cabeza desatinada, que siendo ciego dá á entender que tiene buena vista, como aquel que teniendo los ojos sanos, se persuade, y cree que nada ve con ellos. No hace mucho tiempo, que con el nombre del célebre Obispo Pedro Daniel Huecio salió á la luz un librito, que renueva las antiguas, y vanas parlerías de aquellas escuelas. Si un Escritor católico, que supo tanto, y no murió en el Hospital, sea verdaderamente el Autor de aquellas dudas, yo dexaré á otros que lo averigüen, y sepan con certeza: pero entre tanto, convencido del racionio, de la experiencia, y del comun consentimiento de los sabios antiguos, y modernos, seguiré creyendo, que hay en el mundo un infinito número de verdades claras, y ciertas, de las cuales tenemos ciencia, y evidencia. La Teología natural, y la revelada en la escuela de Jesu-Christo nos enseña muchísimas, muchas tambien la Matemática, y la Astronomía, con otras ciencias, que dependen de aquella. Gran copia de ellas nos manifiesta la Lógica, la Metafisica, la Filosofia natural, la Medicina, la Cirugía, y una cantidad admirable nos ofrece la Geografía, la Historia, y la Cronología: en una palabra, toda arte, y ciencia, y aun hasta el ínfimo vulgo de los hombres, tiene un gran número de verdades generales, ó particulares; que sin rezelo de engaño han aprendido, ó por sus mismos sentidos, ó deducidas de su razon misma con argumentos infalibles, de las cuales tiene certeza, y evidencia, ó moral, ó fisica, y de que

no es lícito el dudar, como no lo es el poner en duda nuestra propia existencia. Aguda, y doctamente decia Séneca en su epístola 88 á su Lucilo, hablando de los Académicos, Scépticos, y Pirronistas: *Illi mihi non profuturam scientiam tradunt, hi spem scientiæ eripiunt, illi non præferunt lumen, per quod acies dirigatur ad verum; hi oculos mihi effodiunt.* Los unos, dice Séneca, me enseñan una ciencia, que de nada me sirve: los otros me privan de la esperanza de saber. Aquellos no me dan luz para conocer la verdad: estos me sacan los ojos con que debia ver la luz.

§. III.

LO que acabo de decir no tiene necesidad de pruebas: pero al mismo tiempo es necesario confesar, que la opinion siempre tuvo, y tiene al presente un gran dominio en la tierra que habitamos; y si hacemos bien la cuenta, hallaremos, que en cierto modo puede llamarse reyna del mundo. Pondria espanto el solo considerar la interminable extension de su reyno, y la manera con que al tenor de sus reglas viven los hombres, obran, y se gobiernan en la mayor parte de sus negocios mas importantes. Por opinion entiendo yo aquel conocimiento incierto, que tenemos de las cosas, y el creerlas, ó juzgarlas por verdaderas, buenas, ó hermosas, ó al contrario por falsas, malas, ó feas; no ya por evidencia de una demostracion concluyente, no por claridad de conocimiento, sino solamente movidos de razones probables, ó aparentes, ó porque lo hemos oido decir así, ó porque con demasiada facilidad nos figuramos, que son tales las cosas, quales nos parecen á la primera vista, en que nos las representan nuestros sentidos, ó lo hemos oido de otros, ó nos lo persuade algun argumento sofístico. Está colocada la opinion entre la verdad, y la falsedad, entre la ciencia, y el error. Puede abrazar, y muchas veces abraza, y sigue lo verdadero; pero igualmente

dero, sigue, y abraza lo falso, y consiguientemente es causa de que se engañen los hombres. Dese una ligera ojeada á la Física, á la Medicina, á las Leyes, á la Historia, y casi á todas las demas artes, y ciencias, y en todas ellas se encuentran opiniones, y mas opiniones interminables. La misma Teología Moral, no es un mar apacible, agitado solamente de suaves zéfiros, y otros agradables vientecillos: es ciertamente un mar combatido de vientos contrarios, y fuertes, al que hacen sumamente borrascoso las antiguas, y modernas opiniones, y en el que se navega con brúxulas, y por rumbos diferentes, en que con dificultad encuentra la razon rumbo seguro, y quien la detenga. Para conocer, no obstante, cuánto se extienda, y qué poder tenga la opinion entre los Moralistas, no es necesario mas que el observar las Religiones dominantes en el Asia, en el Africa, y en la América, continentes todos mucho mayores que la Europa; y Religiones tan diferentes, así en sus ritos, como en sus máximas, y tan fecundas de extravagantes, y extrañas opiniones: bastará tambien el volver los ojos á la misma Religion de los Christianos, que tiene todas las señales ciertas, y seguras de haber baxado del Cielo, para ver tantos, y tan deplorables cismas, tanta contrariedad de juicios, que reyna aun entre los mismos que siguen á Jesu-Christo. Si esto no es tener la opinion un dilatado imperio, facilmente podrá juzgarlo cada uno; como tambien puede inferir, que entre tantas opiniones que siguen, así los doctos, como los ignorantes, hay algunas que pueden llamarse opiniones madres, porque nacen de ellas otras muchísimas; pues fixada cada una de ellas en la mente, ó cabeza de los hombres, como un buen principio, se sigue de aquí, que para obrar consiguientes á él, vienen como de reata otras muchas opiniones, las quales sirven para dirigir sus acciones, y gobernar su vida sin otro exámen, ni diligencia.

§. IV.

NI hablo ahora de aquella ignorancia total, y absoluta, con que todos nacemos, no habiendo algun hombre que salga del vientre de su madre dotado de alguna ciencia, ó conocimientos pertenecientes á ella: hablo, por tanto, de aquella ignorancia parcial, que es comun á todas las personas, que acaban de salir de la infancia; por lo que qualquiera de los hombres tiene parte de docto, y parte de ignorante; sin que se exceptúen de esta regla, ni aun los mas hábiles profesores de las ciencias, los que por serlo deberian mejor que los demas discernir entre la ciencia, y la opinion, y conocer que en infinitas cosas no encontramos la certeza, y evidente verdad, substituyendo por esta la opinion, en cuya posada descansa, y se aloja por lo comun el humano entendimiento. Aun mucho peor incomparablemente sucede al vulgo de los ignorantes, para quienes suele ser, y es las mas veces pura opinion, lo que para los instruidos, y doctos es ciencia, y verdad; porque de mucho de lo que aprenden no saben dar razon, apoyando, y aun aprobando indiferentemente lo cierto y lo incierto, lo verdadero, y lo falso. No hay duda que el que se aplica á las artes, y ciencias, ó comercia, y trafica mucho en el mundo, sabe algo mas, ó es menos ignorante, que el que apartado de uno, y otro, se está como el caracol metido en su rincencillo; con todo, es necesario confesar, aunque con pena, y dolor, que por mas que el hombre se afane, y sude en la interminable carrera de los estudios, por mas que se le derritan los sesos sobre los libros, por mas que maneje por muchos años el libro grande del mundo, siempre será incomparablemente mucho mas lo que ignora, que lo que sabe, y lo que le resta por aprender, que lo que ha estudiado ya; y si tiene juicio, y no es un miserable adulator de sí mismo, deberá confesar con sinceridad, y verdad, que es mucho mayor su ignorancia, que su doctrina. Tambien es

necesario advertir con atencion, que tanto la ciencia, esto es, la verdad adquirida por ella, quanto la opinion, y aun el error, pueden tener igual fuerza para inducir al hombre á que obre, ó dexé de obrar en alguna ocasion: no porque nosotros amemos jamas, ó sigamos el error como tal, quiero decir lo falso como falso, sino porque aun quando erramos, nos parece que seguimos lo verdadero. Demos el caso que alguno se persuada tenazmente, que tiene su honor perdido del todo, y que no puede comparecer delante de los hombres, si no quita la vida á quien le dixo una palabra injuriosa, figurándose que la conservacion de la fama es mas preciosa, y debe anteponerse á la misma vida: en este caso se dexará llevar, ó por mejor decir, correrá desenfrenado á las contingencias del duelo, para arruinarse á sí, ó á su próximo. Opiniones erradas, y falsas son todas estas; pero no importa, él las tiene por verdades ciertas, y en virtud de este principio, que se le ha fixado en su cerebro, obra entonces miserablemente engañado. Vemos cada dia hombres tímidos, hombres inquietos, y en muchas ocasiones zelosos: en otras muchas vemos hombres esforzados, soberbios: vemos que se pierden, y se ganan batallas: que se hacen, ó se desvanecen mil negocios: discurrir de varios modos, y desear mas esto, que aquello: vivir mas bien de un modo, que de otro, y otras innumerables acciones, que practican cada dia grandes, y pequeños, que no están fundadas sobre alguna razon sólida, y verdad cierta, sino sobre opiniones humanas inciertas, y muchas veces vanas, y vanísimas, como son las que se fundan sobre un sueño, ó un agujero; y así como regulado por sus opiniones, pronuncia un Juez una sentencia diversa de aquella que darian otros Jueces regulados por otras distintas, y como un Médico siguiendo las suyas cura los enfermos con distinto método, y medicinas diferentes que los otros; así el político, el mercader, el hombre del campo, &c. se gobiernan en sus acciones, y resoluciones, segun la opinion que en su cerebro

tiene radicada cada uno. Siempre debería ser la verdad, y la recta razon la que nos alumbrase, y guiase con su luz; pero muchas veces hace estos oficios la opinion; y si esta en muchos casos nos engaña, toca á nosotros mismos, ó á otros el pagar la pena. Ved ahora á quantos engaños, y errores estan sujetos los mortales por causa de la ignorancia, ó de la opinion; esto es, ó por no saber la verdad, ó por tener, y creer lo falso por verdadero: cosas ciertamente muy perjudiciales á los hombres en muchísimas ocasiones, y lo que peor es, dañósimas muchas veces á el arreglo de nuestra alma; porque dispuestos de esta manera, en vez de caminar hácia la felicidad, tomamos neciamente, y sin pensar en ello, el ancho camino que nos lleva por fin á la suma infelicidad. A este peligro debe considerarse expuesta la juventud mas que los otros hombres, por su ignorancia, y poca experiencia, y porque ordinariamente se aloja, y descansa en las primeras posadas que encuentra.

§. V.

NO debemos, pues, exáltar tanto la razon del hombre, que se crea tener en ella una maestra infalible, nacida con nosotros mismos, y que diga á cada uno, esto es bueno, ó verdadero, esto malo, ó falso. Ni hemos de insistir tanto en lo que llamamos recta razon, porque este es un nombre pomposo, y magestuoso, y en la práctica es algo difícil el determinar esta rectitud, y muy facil que cada uno se lo atribuya á sí propio; con todo, ni tampoco por haber insinuado las flaquezas de esta razon, debemos inferir que ella sea un ídolo vano, ó un don inútil que nos ha dado Dios; antes bien hemos de inferir, y concluir, que estamos obligados á buscar aquellos instrumentos, y medios, con cuyo uso pueda nuestra razon, ó entendimiento fortificarse lo bastante para mostrarnos ademas de aquel bien, y aquel mal, que por ser evidentes pueden conocerse con la luz natural,

el

el otro bien, y el otro mal, que no está tan manifiesto para que sigamos el uno, y nos apartemos del otro. Finalmente, la conclusion ha de ser, que el sabio debe estudiar, y aprender quanto le sea posible para echar de sí la ignorancia, y las falsas opiniones. Ahora ved aquí los medios: Primeramente la naturaleza misma, quiero decir, el Autor de ella, suele infundir en el hombre un discernimiento, á lo menos ya bosquejado, para conocer sin maestro las principales obras buenas, ó malas. Cier-to es, que ninguno saca del vientre de su madre la razon ya hecha, ó como solemos decir, adulta; antes bien mientras dura la ignorancia en un niño, él no sabe juzgar ordinariamente, sino es acaso de la comida, y del sonido que encuentra agradable, ó desapacible. Mas porque poco á poco van entrando en la cabeza de aquellas pequeñas criaturas las ideas de las cosas, entonces comienza á desenvolverse, y descubrirse la fuerza del juicio, ó discurso, esto es, á moverse, y á obrar aquella razon de que hemos hablado; y quanto mas se va desalojando la ignorancia, tanto mas va creciendo la razon misma, ó por mejor decir el capital, ó caudal de la razon, y la habilidad para distinguir lo verdadero de lo falso, y el bien del mal. A esto llamamos vulgarmente comenzar á tener malicia el hombre. Consideremos los muchachos, quando ya son algo grandecillos, si por ventura roban alguna cosa, ó culpan falsamente á otros, ó hacen alguna cosa menos decente, sin que antes hayan oido alguna leccion sobre la deformidad de tales acciones, la conocen ellos muy bien con sola la luz natural; y quando caen en algun pecadillo, procuran hacerlo á escondidas, dando con esto á entender bastantemente que conocen, y perciben su malicia. Todo esto sucede por medio de la razon, que vá creciendo en ellos; la qual reflexionando, y racionando, los avisa en algun modo del mal que hacen. Mientras dura en ellos una total ignorancia, y no se persuaden, ó discurren que hacen mal, no hay pecado en aquella accion. Puede tambien en muchos ca-

Tom. I.

M 3

sos la ignorancia verdadera, y no afectada de los adultos excusarlos de la pena, y del pecado.

§. VI.

EN qué tiempo comience en el hombre la razón á levantar este tribunal, diremos, hablando así en común, que á los siete años cumplidos de su edad; pero este término se varía según las personas, dependiendo esto de la mayor, ó menor penetración, agudeza, y sutileza del entendimiento, ó de haber tomado más, ó menos noticias, é ideas en el comercio del mundo, hallándose en algunos una patente ignorancia, y simplicidad, aun después de los ocho, ó diez años, y en otros una malicia grande antes de cumplir los siete. Cierto es, que no debe contarse en el número de los primeros aquel maravilloso niño, que en el año de 1641 nació en Módena, llamado Jacobo Martín, por sobrenombre el Modenés, el qual á los quatro años de su edad se entregó al estudio de las bellas letras, baxo la disciplina del P. M. Juan Bautista Mecceti, del Orden de los Servitas, y en tres años aprendió varias Lenguas, Teología, Filosofía, Leyes, y otras Artes, y ciencias, con tan buen suceso, que conducido á Roma, pudo allí defender públicamente en la Basílica de los mencionados Padres varias conclusiones con admiración del famoso Padre Esforcia Palavicino, que después fué Cardenal, y de otros muchos Purpurados; juntamente con la Nobleza, y Pueblo Romano, que veían, y oían, y quasi no sabían persuadirse que un niño de siete años (examinado primero por el Tribunal del Santo Oficio) fuese capaz de desatar tan pronta, y agudamente los argumentos, y dificultades de los que de repente, y sin avisarle querían argüirle. Aun hoy día parecerá increíble este suceso, tan cierto, como portentoso; pues además de lo que de él nos dicen los Anales de los mencionados Padres Servitas, se lee esta estupenda función, y el monstruoso ingenio de este niño, escrito por el vi-

vísimo estilo de Juan Nicio Eritreo, ó sea Juan Vitorio Rosi en la tercera parte de su Pinacoteca, el qual fué á un mismo tiempo admirador, y testigo de vista de este prodigioso espectáculo; y yo mismo tengo aquellas conclusiones estampadas en quatro folios grandes unidos, y esculpidas en bronce, y dedicadas á Inocencio X. que á la sazón era Sumo Pontífice; pero estas monstruosidades se dexan ver raras veces, y no todos los cerebros, y las memorias tienen una misma fuerza, y pujanza; siendo también de muy pocos el saber dirigir con fácil método, y hacer que crezcan presto estos árboles tan fecundos. Pero sea como se fuese, acaso no habrá alguno, que hallándose en edad competente, y preguntado sobre muchas acciones humanas, no sepa responder, que se deben practicar unas, y omitir otras. Esto es lo que llamamos luz de la razón, la qual, si no es total, y perfectamente clara, no dexa de ser por lo menos un gran socorro, que nos franquea nuestro Dios para desterrar muchas de las tinieblas en que nacemos envueltos.

§. VII.

LO segundo, para ayudar, y esforzar esta razón, y desterrar de nosotros la ignorancia, puede, y debe socorrernos admirablemente la Religión, esto es, la de Jesu-Christo, que profesamos. Sus documentos, ó sean preceptos, ó sean consejos, conspiran manifestamente á confortar, y fortificar nuestra razón; y no solamente nos descubren el modo de adorar, y dar culto á Dios verdadero, mas también nos suministran un hilo seguro para gobernar nuestra vida al tenor de la virtud, y apartarnos del vicio, y pueden llevarnos como por la mano al bien estar de este mundo, y á la eterna felicidad del otro. Bienaventurado el que continuamente estudia en esta Ley celestial, y la escribe, y esculpe en su corazón. De aquí puede venir el mayor auxilio de la razón humana, que nada hay en esta Ley, que no convenga totalmen-

te con la misma razón, así en lo que se manda, como en lo que se prohíbe. Aun hay mas; porque el pobre, el ignorante, el rústico, pueden facilmente ser Maestros, y Doctores en esta escuela por medio del uso santo de enseñar la Doctrina á los niños (así se usará el enseñarla tambien á los adultos), y de tantos Sermones, y Pláticas espirituales, que en tiempos determinados, y aun por todo el año hacen los Ministros de Dios, y Predicadores Evangélicos. De aquí, dexando por ahora otras muchas razones, resulta la gran necesidad, y utilidad que tienen los Pueblos de vivir en Religion, y cuánto debemos estimar, y venerar á los Ministros, y pregoneros, que nos la anuncian; pues que Dios nos la ha dado, y se nos predica por ellos, para que cada uno se instruya, y adiestre en la práctica de las buenas obras, así para su salud eterna, como tambien para la felicidad temporal, y buen gobierno propio, y para que se mantenga debidamente la obediencia á los Príncipes, la paz, el amor, y concordia en la República, y entre los particulares que la componen. Por tanto ¿qué excusa podrémos tener si no queremos aprovecharnos de esta luz celestial, quando no ya solamente con las palabras, mas tambien con las obras despreciásemos la misma Religion, no haciendo caso de sus documentos, que á nuestra razon sirven, y ayudan tanto, y tomásemos únicamente para guia, y norma de nuestras operaciones, nuestras pasiones, y apetitos, los quales si no están bien refrenados, y regulados por nuestra razon misma, solo pueden servirnos para hacernos locos miserables, y semejantes á las bestias?

§. VIII.

EN tercer lugar, la Religion, cuyos fines son mas eminentes, no suele suministrarnos, y facilitarnos otras luces que las que son útiles, y necesarias para una infinidad de acciones, que miran solamente, y pertenecen á nuestro propio gobierno, al de nuestras casas, y al

cô-

comercio quotidiano con los demas hombres. Hablo aquí ahora de aquellas acciones, que no siendo pecaminosas en sí mismas, suelen traer consigo influxos malignos, ó favorables para nuestra vida civil, y concurren tambien á hacernos miserables, ó dichosos, ridículos, ó sabios en el comercio del mundo. Aun para esto necesita nuestra razon de un fuerte socorro: este nos ha de venir del estudio, y continuada aplicacion á leer con provecho este gran libro del mundo; esto es, las costumbres, las operaciones, las varias figuras de tantas personas, que en este Teatro cada una compone su escena. Poco es el observar solamente: es necesario despues acostumbrarse á juzgar rectamente de lo que es laudable, ó vituperable, de lo que debe imitarse, ó huirse en las acciones de los otros para aprender á regular sabiamente las nuestras, en lo qual aprovecharian mucho los niños, si hubiese quien los enseñase, y diese lecciones acerca de esto: pero el principal provecho debemos esperar de los adultos, quando lleguen á tratar con personas sabias, capaces de darles buenas lecciones en materia tan importante. No quiero decir con esto, que se les descubran los negocios secretos, ó defectos ocultos del próximo. No quiero significar que se les acostumbre á maliciar, ó echar á la peor parte todas las acciones del hombre, y á creer siempre con mayor prontitud el mal que el bien; pero sí que se les pongan delante los públicos retratos de aquella gente, ó descaminada, ó ridícula, y juntamente los de las personas juiciosas, y virtuosas. Hay, por exemplo, un hombre noble, que antes fué rico, y ahora se halla pobre; siendo público este suceso, será tambien conveniente el hacer saber á los jóvenes, que este tal ha venido á tan miserable estado por haberse dado al juego, por no haber querido jamas regular los gastos de su mesa con una prudente economía, por haber excedido en sus diversiones, y luxo, ó por haber comprado á precio bien caro las bestiales satisfacciones de algunos otros vicios. ¿Y qué es lo que hace este hombre ahora? O vá noblemen-

mente mendigando , perdida la vergüenza , ó queriendo mantenerse en su grado , discurre quantas trazas puede para gastar lo ageno , despues de haber destruido lo suyo propio. Ha perdido la hacienda , y va perdiendo la reputacion , y su alma. A vista de estos tristes exemplos ; tendrá valor un joven prudente , y juicioso para resolverse á imitarlos? Al contrario , luego que un mancebo sepa que fulano ha juntado tanta hacienda con fraudes , y engaños , abusando de algun empleo , y haciendo que la administracion , y manejo de la hacienda de otros , rinda los frutos para aumentar su caudal propio , y tenga presente el retrato de esta persona , que le horroriza , debe esperarse con fundamento , que jamas querrá imitarle. Del mismo modo deberíamos desear , que los coléricos , y los borrachos , quando lo estan actualmente , se mirasen á un espejo. Mas ya que ellos no lo saben hacer , puede muy bien un joven sabio mirarse al espejo , que le presentan estas abominables figuras , y preguntarse despues á sí mismo si deben elegirse , é imitarse locuras tan extravagantes. Lo mismo debemos decir de los retratos de las mugeres vanas , que nada piensan hácia el gobierno de su casa , y familia , ó porque no quieren desayrar ninguna diversion , ó porque buscan el agradar á otros mas de aquello que conviene á su decoro , y conciencia , y que tienen una jurada , y declarada enemistad con todo género de labor. Por lo contrario , haciendo observar aun á los niños antes que se extravíen , y habitúen á los vicios , la buena conducta , y bellas qualidades de otras personas , lograrán muchas veces , que su misma razon llegue á conocer lo estimable de esta preciosidad , y á enamorarse ellos mismos de tan perfectos modelos para imitarlos. Uno de los frutos de la mejor Filosofía consiste en saber , y conocer lo que es pura apariencia , y lo que es substancia , y en el saber distinguir lo que es pura vanidad de lo que es realidad , y verdad , tanto en materia de comodidades , pasatiempos , y ornamentos de la vida humana , quanto en los títulos , en los empleos , y en el favor de

de los grandes , y en otras muchas ocasiones. Contemplad un poco en los duelos , y lutos. ¡O cuántas veces en aquel desconsuelo , y aparente llanto va enmascarada la risa , y el gozo! *Hæredis fletus sub persona risus est.* Considerad tantos gastos para ciertas apariencias baxo la salva de tantos cumplimientos : ¡qué comedia tan ridícula! Y cuántas otras comedias para pasar plaza de rico , ó no parecer pobre ; para ser tenido por noble , y no por plebeyo ; para hacerse bien querido de los grandes , zeloso de su honor , valiente , dotado de una rara belleza , &c. Todos somos comediantes ; y muchos aún quieren continuar la comedia despues de muertos , eligiendo para su mortaja los hábitos mas devotos , y haciendo entonces , á lo menos en la apariencia , el papel , y persona que no hicieron mientras vivian. Obsérvense tambien sus elogios funerales , y epitafios ; pero nuestros antiguos por su desgracia nos dexaron un proverbio , que dice : *Eres mas embustero que un epitafio.* Ni yo digo esto porque intente condenar todas las usanzas de la humana república , sino para dar una prueba de que en muchos casos seguimos la opinion solamente , y la sombra de las cosas , sin cuidar de la substancia : por tanto debe alabarse , y tenerse por una muger juiciosa aquella que estando al uso de su pais , y porque es conveniente al grado en que se halla , usa de algunos vanos ornamentos ; pero al mismo tiempo conoce , y confiesa que son vanos. Será tambien un verdadero literato aquel que despues de haber estudiado , y aprendido mucho , supiese bien discernir lo poco , ó mucho que en todo su saber , y estudio debe reputarse por verdadero , de aquello que solamente es opinion , vanidad , ó falsedad de sentencias , y de estudios.

§. IX.

ULTimamente , en siendo adultos los jóvenes , si se dedicasen con gusto , y paciencia á leer aquellos libros que tratan de los varios genios , ó diferentes costum-

tumbres, que se notan entre los hombres, hallarán en ellos juntas aquellas lecciones, que acaso no sabrán darles, ni su padre, ni su ayo, ni su maestro; y sobre todo para iluminar, y establecer mejor su razon, servirá oportunamente el entregarse al estudio de la Filosofía Moral, de la que doy aquí una pequeña idea, previniendo que busquen despues quien se la explique, y pueda poner á su vista varios exemplos prácticos, presentes, ó pasados, de los que obran prudente, ó neciamente, de los que sin pensar en ello, y aun á costa de su bolsa pueden dar á su próximo materia de risa; y lo que es peor, de los que confiesan que sinceramente desean vivir con tranquilidad de conciencia, y corazon, y aun con comodidad en este mundo; pero aun con todo eso toman un camino opuesto, y contrario á sus mismos deseos. Importa sobre todo, no solamente el aprender, mas tambien el mantener tenazmente en la memoria las máximas, y sentencias de los sabios, y los primeros principios de lo bueno, y honesto, y de todo aquello que puede conducir, y servir al logro de nuestra felicidad. Y quando suceda que las ideas que hasta ahora hemos adaptado, sean desordenadas, ó poco rectas, esto es, sean erróneas, y falsas, conviene luego al punto enderezarlas, y ordenarlas. Todo esto puede hacerlo nuestro entendimiento por medio de reflexivas meditaciones, y racionios bien fundados, examinando cuidadosamente las cosas, y las acciones que convienen, ó desconviene al hombre. Y si acaso no tuviésemos suficientes luces para estas reflexiones, y discursos, entra el arbitrio de recurrir á los hombres sabios, que viven actualmente, ó á los que muertos al mundo, viven aun en sus doctos libros, para que nos ayuden con sus consejos. Es cierto que casi á todos los hombres ha franqueado la naturaleza la habilidad, y potencia para muchas cosas, como v. gr. para escribir, pintar, tañer algun instrumento, y para otras artes, y maniobras; pero con todo es necesaria la aplicacion, y el estudio para perfeccionarnos en ellas; y quando llega este

te caso, y urge la necesidad, ó el gusto de aprender perfectamente alguna de estas artes, no vamos á buscar uno de los maestros adocenados, como solemos decir, sino á uno que pueda enseñarnos con perfeccion. ¿Pues, quanto mas nos importa el aprender á vivir como conviene á una criatura tan perfecta como el hombre? Por tanto es muy preciso, no solamente el estudiar con aplicacion, y cuidado, mas tambien el buscar, y elegir los mas acreditados maestros, cuya decision unánime, y conforme, es una segura regla para conocer lo que llamamos bueno, ó malo, y para abrazar lo primero, y huir lo segundo.

CAPÍTULO XI.

De los pecados de los hombres.

§. I.

Llamamos error, y entendemos precisamente por este nombre el creer, y tener por verdadero, y bueno lo que en la realidad es falso, y malo; ó por el contrario, quando creemos, y juzgamos que es falso, y malo lo que en la realidad es verdadero, y bueno; y mientras en nuestro entendimiento permanece esta falsa creencia, la llamamos error intelectual, ó especulativo; pero si con ella obramos, pasa á ser error de voluntad, ó práctico. Si alguno intentase contar la dilatada serie de errores á que está expuesto el género humano, jamas acabaría esta empresa, por ser su número casi infinito. Para nuestro intento importa esto muy poco; porque estamos determinados á hablar únicamente de aquellos errores que pertenecen á nuestras costumbres, y pueden ser vicios, y pecados: esto es, medios para privarnos de aquella felicidad que buscamos, y deseamos hallar. Que yerre el hombre en la inteligencia de la composicion de los colores, de las causas, de los vientos, de las